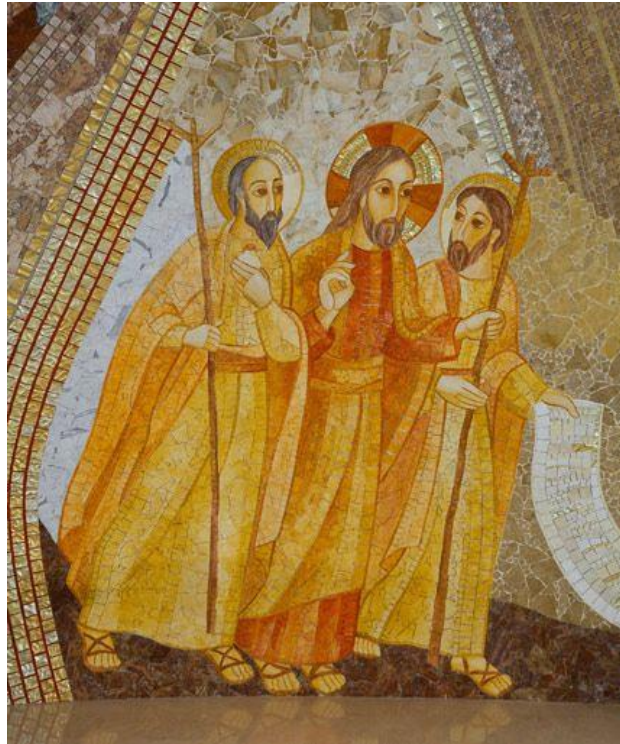


EMAÚS



Los discípulos de Emaús caminan con Cristo Resucitado, una de las primeras apariciones narradas por el Evangelio de Lucas y Marcos (Lc 24,13 y Mc 16,12). “Y sucedió que mientras ellos conversaban y discutían, el mismo Jesús se acercó y siguió con ellos; pero sus ojos estaban retenidos para que no le conocieran.”

Tres figuras inclinadas hacia delante, calzadas con sandalias de cuerdas cruzadas y vestidas con largas túnicas ceñidas en la cintura, cubiertos por grandes capas plegadas con líneas básicas y primitivas para figuras los pliegues. Es el arte neobizantino, esquemático, esencial, expresivo y teológico. No importan tanto imitar la naturaleza sino su significación. El hombre por dentro, de grandes ojos llenos de espíritu, sediento de verdad.

El autor, Marco Ivan Rupnik, es un artista que vive su fe como jesuita en la Compañía de Jesús. Su labor de creador, junto a su equipo del Taller de arte espiritual Centro Aletti, se extiende por numerosas capillas, sacristías y santuarios de todo el mundo, en España en la capilla de la conferencia Episcopal y en la Catedral de la Almudena, entre otras. Teólogo y autor de libros sobre la teología de la belleza, ha heredado la tradición oriental de la imagen sagrada como sacramental que lleva a Dios. Por eso la oración y el ayuno ante cualquier proyecto, que deja en manos del Espíritu Santo. Por eso el mejor lenguaje para expresar lo sagrado es el del arte primitivo. De ahí que recupere la tradición del arte bizantino y del mosaico, como técnica que simplifica y permite componer a modo de collage las formas, de un modo esencial. Además, en este caso, las diminutas teselas tradicionales, se han cambiado por grandes piedras con los tonos originales que la naturaleza les otorga. El brillo y el color de la piedra es un canal expresivo más. Algunas serán cubiertas por polvo de oro, para que su brillo y fulgor traigan a nuestra mente la luz de Dios, de lo que ha sido iluminado y salvado por Dios. La

piedra, el mineral de la creación al servicio del Creador, para transmitirnos la Vida que da vida.

Los personajes de los dos extremos, de cabellos grises y castaños, joven y anciano, abren las piernas con gesto de caminar. La figura del centro, más asentada, con los pies casi juntos y más grande. Es la figura de Cristo, el nimbo de su cabeza con la cruz es el distintivo inconfundible. Nimbo crucífero color rojo de su pasión y sangre, el aro dorado de su divinidad encarnado en la carne y la sangre roja de su humanidad. Está en el centro y de un tamaño mayor, según la ley de la jerarquización que representa lo importante como más grande.

Mira hacia delante y su mano derecha se alza. El gesto es del que enseña, toma la palabra y habla con autoridad para decir bien, para bendecir. Siempre Palabra de vida, que no te hunde, que te trae esperanza.

¿De qué discutís entre vosotros mientras vais andando?» Ellos se pararon con aire entristecido. Uno de ellos llamado Cleofás le respondió: “¿Eres tú el único residente en Jerusalén que no sabe las cosas que estos días han pasado en ella?” El les dijo: “¿Qué cosas?” Ellos le dijeron: “Lo de Jesús el Nazoreo, que fue un profeta poderoso en obras y palabras delante de Dios y de todo el pueblo; cómo nuestros sumos sacerdotes y magistrados le condenaron a muerte y le crucificaron. Nosotros esperábamos que sería él el que iba a librar a Israel; pero, con todas estas cosas, llevamos ya tres días desde que esto pasó.

Jesús celebra con ellos una Lectio divina, que siempre parte de tu situación, de tu incapacidad de amar, de tu desánimo y sufrimiento, para darte la Buena noticia de que con él sí es posible, con él sí se puede vencer.

Es el tiempo del aprendizaje, del conocimiento y del discernimiento. El tiempo de escuchar la palabra, pero no como algo sabido que no acabamos de creer: “El caso es que algunas mujeres de las nuestras nos han sobresaltado, porque fueron de madrugada al sepulcro, y, al no hallar su cuerpo, vinieron diciendo que hasta habían visto una aparición de ángeles, que decían que él vivía.” Reuniones, teologías y charlas que no nos sirven para nada: “Fueron también algunos de los nuestros al sepulcro y lo hallaron tal como las mujeres habían dicho, pero a él no le vieron.” Que no nos dice nada a nuestras vidas, que no nos salva de nada: “Oh insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Cristo padeciera eso y entrara así en su gloria?” Y, empezando por Moisés y continuando por todos los profetas, les explicó lo que había sobre él en todas las Escrituras.

Las Escrituras que lleva uno de ellos en forma de rollo de la ley abierto. Imagen de la escritura larga y farragosa llena de datos y citas, ¿de qué sirve la letra si está muerta? ¿De qué sirve saber si es para sentirse aplastado o aplastar a otros? ¿De qué sirve que lo que te ha dado a conocer Cristo te sirva para juzgar y ser hipócrita? ¿Para imponer mandamientos y cargas pesadas a otros?

El largo pergamino cae por su propio peso y sería capaz de hundirle y estancarle, si no fuera porque el propio dinamismo de Cristo, que es un torbellino, que quema y

arrasa lo viejo, le lleva hacia delante. Y, en su libertad, ha decidido mirar a Cristo, y sus ojos se han topado con la gran figura que descifra lo incomprensible, que abre los ojos para entender verdaderamente las escrituras, para dar sentido al sinsentido de la cruz, para descifrar el valor del sufrimiento, el poder del dolor por amor y con amor.

El discípulo mira a Cristo, y esos ojos que dice el Evangelio estaban retenidos para que no le conocieran ahora se han abierto. Y según le escucha, según siente el gozo de comprender, y de llenarse de Él, decide agarrarse a su mismo bastón. Esa vara que guía la iglesia, que va por delante pisando escorpiones y aplastando cabezas de serpientes, la vara de Aarón sacerdote que sostiene a los consagrados, la vara de almendro florecida de san José, su padre en la tierra, que llena de sentido la castidad por una misión grandiosa, el cayado del Buen Pastor que conduce hacia fuentes tranquilas, el báculo del obispo que también nos guía entre los peligros y tentaciones de nuestro tiempo hacia la vida divina. Se agarra a su mismo bastón y ya no está solo, ya no soy yo, sino Cristo que vive en mí.

Por eso los dos compañeros del camino, tienen también nimbo y el color oro se ha apoderado de sus rostros, vestidos y personas porque están en proceso de divinización.

Cristo maestro guía a su Iglesia con el bastón de la mano izquierda y con la derecha enseña y bendice, al tiempo que muestra, en la palma de esta misma mano, la llaga indeleble de la huella de su sacrificio. La llaga gloriosa que se marca con la piedra roja. El mismo autor, Rupnik, nos explica que ha colocado esa piedra roja en la palma para que veamos que el amor de Dios Padre es la única realidad indestructible. Podrás fallarme, nos dice Cristo, podrás negarme, irte al mundo y mundanizarte, pero que sepas que yo siempre te quiero, he muerto por ti, me ha merecido mucho la pena. He entregado mi aliento, mi respiración al Padre en la Cruz, lo he entregado todo a toda la humanidad. Mira mi herida, mira esta piedra roja fuerte y duradera como mi amor eterno por ti.

Por eso, el otro discípulo de Emaús, se lleva la mano al pecho para agarrar su corazón que se muestra con el órgano coronado por la roja sangre del amor. Es un corazón ardiente, símbolo tradicional del que está incendiado del amor a Dios, del servicio a los hermanos y de la entrega total de sí mismo. Por eso camina junto a Cristo sereno y confiado, lleno, pleno, colmado. Preparado para la misión, para el curso pastoral.

Los tres caminan, junto a Cristo, hacia donde les dirige Cristo, apoyados en Cristo. Caminan, están de convivencia con Cristo. Caminemos, hagamos el Seminario en familia y retirémonos un fin de semana para escuchar a Cristo, para mirar al maestro, para entrar dentro de nosotros, para soltar el rollo de la ley, para cuidar el espíritu y sanar nuestra vida, para dejarnos grabar a fuego por el ardor del Espíritu Santo.

La misión es de todos, vayamos juntos, como parroquia, laicos, presbíteros y consagrados tomemos impulso para salir a evangelizar, también dentro de nosotros, también en nuestras casas, a los cercanos y a los alejados pero siempre en salida, dando a luz a nuevos cristianos, a cristianos más auténticos que amen

más a Dios, que sean verdaderos sagrarios de Cristo porque lo lleven dentro vivo y resucitado.

Cristo está en medio de nosotros, no vamos solos a una misión imposible, el camina entre nosotros, nos lleva del brazo, cuando no en brazos. Y no a uno por libre, sino a los dos, de dos en dos, en familia, en comunidad, en parroquia, para enseñarnos a participar y colaborar en comunión, de acuerdo unos con otros, el párroco con los parroquianos, el hermano con el hermano de comunidad, el marido con la esposa.

¡Dejémonos agarrar por el impulso del Resucitado que nos coge y nos lleva hacia delante, y nos lanza a vivir de su Resurrección!, sin miedos, pisando escorpiones y serpientes, venciendo a las pequeñas muertes de cada día, lo que te mata, lo que te paraliza, lo que no puedes perdonar ni ofrecer. Somos débiles, somos pocos, apenas dos en Emaús, pero el brazo de Cristo se ha posado sobre el tuyo y ni te imaginas a donde te lleva, qué creatividad no despertará en tu mente, qué caminos no abrirá para cumplir el deseo misionero de llegar a todos, con un ardor que ilusiona, que da fuerza y te colma de alegría.